

www.puntodelectura.com

**FRED VARGAS**

# Que se levanten los muertos

punto de lectura



Título: Que se levanten los muertos

Título original: *Debout les morts*

© Éditions Viviane Hamy, 1995

© De la traducción, Helena del Amo

Cedida por Ediciones Siruela, S.A.

© De esta edición: junio 2008, Punto de Lectura, S.L.

*Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)* [www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-2139-6

Depósito legal: B-22.977-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Ordaks

Diseño de colección: Manuel Ordax

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

**FRED VARGAS**

# Que se levanten los muertos

Traducción de Helena del Amo



*A mi hermano*



—Pierre, hay algo que desentona en el jardín —dijo Sophia.

Abrió la ventana y examinó aquel trozo de terreno del que conocía hasta la última hierba. Lo que vio hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Pierre siempre leía el periódico a la hora del desayuno. Seguramente por eso Sophia miraba tan a menudo por la ventana. Para ver el tiempo que hacía, cosa que uno suele hacer con bastante frecuencia cuando se levanta. Y cada vez que hacía malo, pensaba en Grecia, por supuesto. Aquellas contemplaciones inmóviles se llenaban a la larga de nostalgias que algunas mañanas se prolongaban hasta el resentimiento. Después se le pasaba. Sin embargo, esa mañana había algo que desentonaba en el jardín.

—Pierre, hay un árbol en el jardín.

Se sentó junto a él.

—Pierre, mírame.

Pierre levantó una cara cansada hacia su mujer. Sophia se ajustó el fular alrededor del cuello, un gesto que conservaba de su época de cantante. Para mantener la voz al calor. Veinte años antes, en una grada de piedra del

teatro d'Orange, Pierre había levantado una montaña compacta de juramentos de amor y de certezas. Justo antes de una representación.

Sophia agarró con una mano aquella sombría cara de lector de periódico.

—¿Qué te ocurre, Sophia?

—Te he dicho una cosa.

—¿Sí?

—He dicho: «Hay un árbol en el jardín».

—Lo he oído. Parece algo normal, ¿no?

—Hay un árbol en el jardín, pero ayer no estaba.

—¿Y qué? ¿Acaso pretendes que me preocupe?

Sophia no estaba tranquila. No sabía si era por culpa del periódico o de la mirada cansada o del árbol, pero estaba claro que algo no iba bien.

—Pierre, explícame qué hace un árbol para llegar completamente solo a un jardín.

Pierre se encogió de hombros. Le daba exactamente igual.

—¿Y qué importa? Los árboles se reproducen. Una semilla, un brote, un vástago, y ya está. Después, en nuestros climas, se convierten en grandes bosques. Supongo que esto ya lo sabes.

—No es un brote. ¡Es un árbol! Un árbol joven, erigido, con ramas y todo, perfectamente plantado solo a un metro de la pared del fondo. ¿Y ahora qué?

—Habrá sido el jardinero el que lo ha plantado.

—El jardinero se ha ido diez días de vacaciones y yo no le pedí que lo hiciera. No ha sido el jardinero.

—Me da igual. No esperarás que me preocupe por un arbolito plantado junto a la pared del fondo, ¿verdad?

—¿No quieres al menos levantarte y mirarlo? Al menos eso.

Pierre se levantó pesadamente. La lectura se había ido a la porra.

—¿Lo ves?

—Claro que lo veo. Es un árbol.

—Ayer no estaba.

—Es posible.

—Es seguro. ¿Qué hacemos? ¿Se te ocurre algo?

—¿Por qué se nos tiene que ocurrir algo?

—Ese árbol me da miedo.

Pierre se rió. Incluso hizo un gesto afectuoso, aunque fugaz.

—Es verdad, Pierre. Me da miedo.

—A mí no —dijo volviendo a sentarse—. La visita de ese árbol me resulta más bien graciosa. Lo dejamos en paz y ya está. Y tú, tú déjame en paz con él. Si alguien se ha equivocado de jardín, peor para él.

—Pero, Pierre, ¡lo han plantado durante la noche!

—Razón de más para que se hayan equivocado de jardín. O quizá se trata de un regalo. ¿Has pensado en esa posibilidad? Un admirador habrá querido obsequiarte discretamente por tu cincuenta cumpleaños. Los admiradores son capaces de cualquier ocurrencia estrafalaria, sobre todo los admiradores-ratones, anónimos y obstinados. Ve a ver, quizás hayan dejado una nota.

Sophia se quedó pensativa. Aquella idea no era ninguna tontería. Pierre había separado los admiradores en dos amplias categorías. Estaban los admiradores-ratones, temerosos, febriles, mudos y obstinados. Pierre había conocido un ratón que había transportado durante un

invierno una bolsa entera de arroz a una bota de goma. Grano a grano. Los admiradores-ratones son así. Estaban también los admiradores-rinocerontes, especie igualmente temible, ruidosos, chillones, seguros de sí mismos. Dentro de esas dos categorías, Pierre había elaborado montones de subcategorías. Sophia ya no se acordaba bien. Pierre despreciaba a los admiradores que le habían precedido y a los que le habían sucedido, o sea, a todos. Sin embargo, respecto al árbol, quizá tuviera razón. Quizá. Oyó a Pierre que decía: «Adiós, hasta esta noche, no te preocupes», y se quedó sola.

Con el árbol.

Fue a verlo. Con recelo, como si fuera a explotar.

Claramente, no había ninguna nota. Al pie del joven árbol, se veía un círculo de tierra recién removida. ¿La especie del árbol? Sophia dio varias vueltas a su alrededor, frunciendo el ceño, hostil. Se inclinaba por un haya. También se inclinaba por desenterrarlo violentamente, pero como era un poco supersticiosa, no se atrevía a acabar con una vida, aunque fuera vegetal. En realidad, a poca gente le gusta arrancar un árbol que no le ha hecho nada.

Dedicó mucho tiempo a buscar un libro sobre el tema. Aparte de la ópera, los asnos y los mitos, Sophia no había tenido tiempo de estudiar en profundidad nada más. ¿Un haya? Era difícil afirmarlo sin las hojas. Pasó el dedo por el índice del libro para ver si algún árbol podía llamarse *Sophia algo*. Como un homenaje disimulado, muy en la línea torturada de un posible admirador-ratón. Sería tranquilizador. No, no había nada sobre Sophia. ¿Y por qué no una especie que se llamara *Stelyos algo*? En

cambio eso no sería muy agradable. Stelyos no tenía nada de ratón ni de rinoceronte. Y, además, veneraba a los árboles. Después de la montaña de promesas de Pierre en las gradas del teatro d'Orange, Sophia había pensado cómo abandonar a Stelyos y cantó peor que de costumbre. Y, sin esperar, a ese griego loco no se le había ocurrido nada más malvado que ir a ahogarse. Lo habían sacado del agua jadeando, flotando en el Mediterráneo como un imbécil. De adolescentes, a Sophia y Stelyos les encantaba salir de Delfos para ir por los senderos con los asnos, las cabras y toda la parafernalia. A eso lo llamaban «imitar a los antiguos griegos». Y ese idiota había querido ahogarse. Afortunadamente la montaña de sentimientos de Pierre estaba allí. Hoy Sophia se dedicaba a buscar automáticamente posibles cabos sueltos. ¿Stelyos? ¿Una amenaza? ¿Stelyos haría eso? Sí, era capaz. Una vez fuera del Mediterráneo, había sentido como un latigazo y había gritado como un loco. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, Sophia hizo un esfuerzo por levantarse, beber un vaso de agua y echar una ojeada por la ventana.

Inmediatamente, la vista la tranquilizó. ¿Qué se le había pasado por la cabeza? Aspiró profundamente una gran bocanada de aire. Aquella forma que tenía a veces de construir un mundo de terrores lógicos a partir de nada era agotadora. Casi seguro se trataba de un haya, un haya joven sin ningún significado. ¿Y por dónde había entrado aquella noche el plantador con la jodida haya? Sophia se vistió a toda velocidad, salió y examinó la cerradura de la verja. Nada fuera de lo normal. Sin embargo, era una cerradura tan sencilla que sin duda se podía abrir en un segundo con un destornillador sin dejar rastro.

Principios de primavera. Había humedad y cogería frío si se quedaba allí, desafiando al haya. ¿Era un haya lo que allí se hallaba? Sophia bloqueó sus pensamientos. Aborrecía que su alma griega se desbocara, sobre todo dos veces seguidas en una mañana. Estaba claro que Pierre jamás se interesaría por ese árbol. Y, además, ¿por qué habría de interesarse? ¿Era normal que su indiferencia llegara hasta ese punto?

Sophia no quiso quedarse sola todo el día con el árbol. Cogió el bolso y salió. En la callecita, un tipo joven, de unos treinta años o quizá alguno más, miraba a través de la verja de la casa vecina. Casa era mucho decir. Pierre siempre lo llamaba «el caserón desvencijado». Consideraba que, en esa calle privilegiada de viviendas bien conservadas, aquel enorme caserón dejado de la mano de Dios producía muy mal efecto. Sophia aún no se había planteado que quizá Pierre, con la edad, se estaba volviendo un cretino. Esa idea se infiltró en su pensamiento. El primer efecto nefasto del árbol, pensó con mala fe. Pierre incluso había mandado levantar un poco más la pared medianera para preservarse mejor del caserón desvencijado. Ahora sólo se podía ver desde las ventanas del segundo piso. El tipo joven, por el contrario, hizo un gesto de admiración ante aquella fachada de ventanas destrozadas. Era delgado, con el pelo y la ropa negros, una mano cubierta de gruesos anillos de plata, el rostro anguloso, y había encajado la frente entre dos barrotes de la verja roñosa.

Era exactamente el tipo de persona que no le habría gustado a Pierre. Pierre era un defensor de la moderación y de la sobriedad. Y aquel tipo joven era elegante,

un poco austero y un poco deslumbrante. Unas bonitas manos agarradas a los barrotes. Examinándole, Sophia encontró cierto consuelo. Sin duda por eso le preguntó cuál podía ser, en su opinión, el nombre del árbol que estaba en su jardín. El tipo joven despegó la frente de la verja, que dejó un poco de herrumbre en sus cabellos negros y lacios. Debía de llevar un rato apoyado allí. Sin sorprenderse, sin preguntar nada, siguió a Sophia, quien le mostró el joven árbol, que se podía ver con todo detalle desde la calle.

—Es un haya, señora —dijo el tipo joven.

—¿Está usted seguro? Perdóneme, pero es muy importante.

El tipo joven repitió su examen. Con sus ojos oscuros pero nada tristes.

—No hay la menor duda, señora.

—Se lo agradezco mucho. Es usted muy amable.

Ella le sonrió y se alejó. El tipo joven, entonces, se fue por su lado, empujando una piedrecita con la punta del pie.

Así que ella tenía razón. Era un haya. Precisamente un haya.

Qué asco.

Estaba claro.

Era exactamente lo que se llama estar con el agua al cuello. ¿Y desde cuándo? Digamos que desde hacía dos años.

Y al cabo de dos años, el final del túnel. Marc golpeó una piedra con la punta del pie y la hizo avanzar seis metros. En París no es fácil encontrar en las aceras una piedra a la que golpear. En el campo, sí. Pero en el campo da igual, mientras que en París a veces es necesario encontrar una buena piedra. Es así. Y, como quien encuentra una aguja en la paja, Marc había tenido la suerte, hacía una hora, de encontrar una piedra perfecta. Así pues, se había puesto a golpearla y a seguirla.

Eso le había llevado hasta la Rue Saint-Jacques, no sin cierta dificultad. Prohibido tocar la piedra con la mano, sólo el pie puede intervenir. Así pues, digamos que dos años. Sin empleo, sin pasta, sin mujer. Ninguna posibilidad de salir a flote a la vista. Excepto, quizá, el case-rón. Lo había visto el día anterior por la mañana. Cuatro pisos contando el desván, un jardín pequeño, en una calle olvidada y en un estado ruinoso. Lleno de agujeros por todas partes, sin calefacción y con el servicio en el

jardín con un picaporte de madera. Entornando los ojos, una maravilla. Abriéndolos normalmente, un desastre. A cambio, su propietario proponía un alquiler miserable con la condición de hacer mejoras. Con aquel caserón podría salir de la mierda. También podría alojar a su padrino. Cerca del caserón, una mujer le había hecho una extraña pregunta. ¿Sobre qué había sido? Ah, sí. El nombre de un árbol. Es curioso que la gente no sepa nada de los árboles cuando no puede vivir sin ellos. Quizá en el fondo tengan razón. Él sabía los nombres de los árboles, pero ¿de qué le había servido?

La piedra fue a parar a la Rue Saint-Jacques. A las piedras no les gustan las calles que suben. Se había metido en una cuneta y, además, justo detrás de la Sorbona. Adiós a la Edad Media, adiós. Adiós a los clérigos, a los señores y los campesinos. Adiós. Marc apretó los puños dentro de los bolsillos. Sin empleo, sin pasta, sin mujer y sin Edad Media. Qué cabronada. Marc guió con habilidad la piedra desde la cuneta hasta la acera. Hay un sistema para conseguir que una piedra suba a la acera. Y Marc era un experto, igual de experto que en la Edad Media; o eso creía. Sobre todo, tenía que dejar de pensar en la Edad Media. En el campo jamás hay que enfrentarse al desafío que representa subir una piedra a una acera. Ésa es la razón por la que daba igual empujar piedras en el campo, y eso que allí había toneladas. La piedra de Marc cruzó elegantemente la Rue Soufflot y abordó sin demasiados problemas la parte estrecha de la Rue Saint-Jacques.

Digamos que dos años. Y al cabo de dos años, lo único que se le ocurría a un hombre con el agua al cuello era buscar otro hombre también con el agua al cuello.

Porque frecuentar a los que han tenido éxito cuando uno ha fracasado en todo a los treinta y cinco años, agría el carácter. Por supuesto, al principio distrae, hace soñar, anima. Después exaspera y por último agría. Suele pasar. Y Marc no quería de ninguna manera llegar a ser un amargado. Está feo, pero es un riesgo, sobre todo para un medievalista. La piedra, de una fuerte patada, llegó al Val-de-Grâce.

Existía una persona de la que había oído decir que estaba con el agua al cuello. Y, según noticias recientes, Mathias Delamarre parecía estar verdaderamente con el agua al cuello desde hacía un largo período de tiempo. Marc le apreciaba, incluso mucho. Sin embargo, no le había vuelto a ver en los últimos dos años. Quizá Mathias podría alquilar con él el caserón. Porque de aquel miserable alquiler Marc de momento no podía aportar más que la tercera parte. Y había que dar una respuesta urgente.

Suspirando, Marc empujó la piedra hasta la puerta de una cabina telefónica. Si Mathias aceptaba, quizá podría salir del apuro. Solamente había un gran problema con respecto a Mathias. Que era prehistoriador. Y Marc no lo soportaba. Sin embargo, ¿acaso era el momento de ser sectario? A pesar del abismo que los separaba, se apreciaban mucho. Era curioso. Y precisamente en ese hecho curioso había que pensar, y no en la aberrante elección que Mathias había hecho de aquella horrorosa época de cazadores-recolectores que usaban sólo sílex. Marc se acordaba de su número de teléfono. Le respondieron que Mathias ya no vivía allí y le dieron un nuevo número. Decidido, volvió a intentarlo. Mathias estaba en casa. Al oír su voz, Marc respiró. Que un tipo de treinta y

cinco años esté en su casa un miércoles a las tres y veinte de la tarde es la prueba tangible de que es un absoluto fracaso. Ésa ya era una buena noticia. Y cuando el tipo acepta, sin más explicaciones, una cita dentro de media hora en un café de mala muerte de la Rue du Faubourg-Saint-Jacques, seguramente aceptará cualquier cosa.

Aunque...

Aunque no se podía hacer lo que se quisiera con ese tipo. Mathias era terco y orgulloso. ¿Tan orgulloso como él? Quizá mucho más. En cualquier caso, el prototipo de cazador-recolector que persigue un uro hasta el agotamiento y que huye de su tribu antes que volver con las manos vacías. No, eso no. Ese retrato es el de un gilipollas y Mathias era muy perspicaz. Aunque podía permanecer mudo durante dos días si la vida contrariaba una de sus ideas. Ideas demasiado densas, probablemente, o bien deseos inalcanzables. Marc, que hacía de su charlatanería un arte, aunque a menudo cansaba a su público, había tenido que cerrar el pico más de una vez ante aquel tipo enorme de pelo rubio con el que se cruzaba por los pasillos de la facultad, silencioso en un banco, apretando lentamente sus grandes manos una contra otra, como para hacer papilla la mala suerte, gran cazador-recolector de ojos azules perdido en su carrera en pos del uro. ¿Normando quizá? Marc se dio cuenta de que, después de cuatro años juntos, jamás le había preguntado de dónde era. Pero ¿qué importaba? La pregunta seguiría esperando.

No había nada que hacer en el café y Marc esperaba. Con el dedo dibujaba figuras en la mesita. Tenía las manos

delgadas y largas. Le gustaba mucho la forma de sus manos y el dibujo de las venas. En lo demás, tenía serias dudas. ¿Por qué pensar en eso? ¿Era porque iba a volver a ver al gran cazador rubio? ¿Y qué? Por supuesto que él, Marc, de estatura media, excesivamente delgado, con el cuerpo y la cara angulosa, no habría sido el tipo ideal para la caza del uro. Más bien le habrían enviado a trepar a los árboles para hacer caer la fruta. Recolector al fin y al cabo. Todo en él era de una vigorosa delicadeza. ¿Y qué? La delicadeza es imprescindible. No tenía dinero. Le quedaban sus anillos, cuatro grandes anillos de plata, dos de ellos atravesados por varios hilos de oro, llamativos y complicados, medio africanos medio carolingios, que le cubrían las primeras falanges de los dedos de la mano izquierda. Era verdad que su mujer le había dejado por un tipo más ancho de hombros, eso estaba claro. También más cretino, de eso no había duda. Ella se daría cuenta algún día, Marc contaba con ello. Pero sería demasiado tarde.

Marc borró de un golpe rápido todo su dibujo. Había destrozado su figura. Con un gesto de nerviosismo. No paraban esos gestos de nerviosismo, de impotencia rabiosa. Caricaturizar a Mathias era fácil. Pero ¿y él? ¿Qué era él sino uno de esos medievalistas decadentes, uno de esos jovencitos morenos, elegantes, gráciles y resistentes, una suerte de investigador de lo inútil, un artículo de lujo sin esperanzas, que vinculaba sus sueños fracasados a unos cuantos anillos de plata, a visiones del año mil, a campesinos que empujan el arado, muertos desde hace siglos, a una lengua romance que a nadie importaba lo más mínimo, a una mujer que lo había dejado? Marc levantó la cabeza. Al otro lado de la calle, un inmenso

garaje. A Marc no le gustaban los garajes. Le ponían triste. Pasando por delante de aquel largo garaje, avanzando con pasos largos y tranquilos, llegaba el cazador-recolector. Marc sonrió. Tan rubio como siempre, con el pelo demasiado abundante para poderse peinar correctamente, calzado con esas eternas sandalias de cuero que Marc detestaba, Mathias acudía a la cita. No llevaba ropa interior. Nunca la llevaba y se notaba. Solamente el jersey sobre la piel, los pantalones cubriéndole las piernas y unas sandalias en los pies.

De todas formas, fuera uno tosco o refinado, gordo o delgado, el caso es que se encontraban sentados a la mesa de un café sórdido. Así que todo eso no importaba nada.

—¿Te has afeitado la barba? —preguntó Marc—. ¿Ya no te dedicas a la prehistoria?

—Sí —dijo Mathias.

—¿Dónde?

—En mi mente.

Marc movió la cabeza. No le habían mentido, Mathias estaba con el agua al cuello.

—¿Qué les ha pasado a tus manos?

Mathias se miró las uñas negras.

—Trabajé de mecánico. Me pusieron de patitas en la calle. Dijeron que no entendía de motores. Me cargué tres en una semana. Los motores son complicados. Sobre todo cuando tienen alguna avería.

—¿Y ahora?

—Vendo gilipollices, carteles, en la estación de Châtelet.

—¿Te da dinero?

—No. Ahora te toca hablar a ti.

—Nada. Hago de negro en una editorial.

—¿Sobre la Edad Media?

—Novelas de amor de ochenta páginas. El hombre es astuto pero competente, la mujer radiante pero inocente. Al final se aman locamente y es un rollo espantoso. La historia no dice cuándo se separan.

—Por supuesto... —dijo Mathias—. ¿Te has marchado?

—Despedido. Cambiaba las frases en las últimas pruebas. Por hastío y por crispación. Se dieron cuenta... ¿Estás casado? ¿Tienes pareja? ¿Tienes hijos?

—Nada —dijo Mathias.

Los dos hombres hicieron una pausa y se miraron.

—¿Y en qué edad estamos? —preguntó Mathias.

—En los treinta y cinco. Normalmente a esta edad uno es ya un hombre.

—Sí, eso dicen. Y tú, ¿sigues enganchado a la jodida Edad Media?

Marc asintió con la cabeza.

—Menuda mierda —dijo Mathias—. Tú nunca has sido muy razonable.

—No sigas por ahí, Mathias, no es el momento. ¿Dónde vives?

—En una habitación que tengo que dejar dentro de diez días. Los carteles ya no dan para mis veinte metros cuadrados. Se puede decir que estoy en la ruina.

Mathias se apretó las manos una contra la otra.

—Te voy a enseñar un caserón —dijo Marc—. Si llegamos a un acuerdo, quizá franqueemos juntos los treinta mil años que nos separan.

—¿Y la mierda también?

—Eso no lo sé. ¿Me acompañas?

Mathias, aunque indiferente y más bien hostil respecto a todo lo que había podido pasar después del año 10.000 antes de Jesucristo, siempre había hecho una incomprensible excepción con aquel delgado medievalista siempre vestido de negro y con un cinturón de plata. A decir verdad, consideraba esta debilidad por su amigo como una falta de gusto. Sin embargo, su afecto por Marc, su estima por la inteligencia ágil e incisiva de aquel tipo, le había obligado a cerrar los ojos ante la escandalosa elección que había hecho su amigo de ese período abyecto de la historia de los hombres. A pesar de aquel sorprendente defecto de Marc, sentía una fuerte tendencia a confiar en él e incluso, a menudo, se había dejado llevar por sus estúpidas fantasías de señor sin un céntimo. Incluso hoy, aunque estaba claro que aquel señor sin un céntimo se había vuelto completamente loco, que se encontraba flaco como un palo y que, en resumen, estaba, igual que él, con el agua al cuello, cosa que por otra parte le gustaba, incluso así, Marc todavía conservaba esa majestuosidad graciosa y convincente. Un poco de amargura, sin duda, en los ojos, una gran tristeza acumulada, conflictos y dificultades que sin duda habría preferido no tener, sí, todo eso también. Pero le quedaba su encanto, algunos restos de sus sueños, que él, Mathias, había perdido en los vagones del metro de la estación de Châtelet.

Estaba claro que Marc no tenía pinta de haber abandonado la Edad Media. Sin embargo, Mathias le acompañaría a pesar de todo a aquel caserón del que le estaba

hablando mientras caminaban. Su mano cubierta de anillos se movía en el aire gris al hilo de sus explicaciones. Así que un caserón desvencijado de cuatro pisos contando el desván, y un jardín. A Mathias no le daba miedo. Intentar reunir la cantidad del alquiler. Hacer fuego en la chimenea. Convivir con el padrino de Marc. ¿Quién era aquel padrino? No podían abandonarlo, o vivían con él o se iba al asilo. Ah, de acuerdo. No tenía la menor importancia. A Mathias le daba exactamente igual. Veía esfumarse la estación de Châtelet. Seguía a Marc a través de las calles, satisfecho de que estuviera con el agua al cuello, satisfecho de la desoladora inutilidad del medievalista en paro, satisfecho de la afectación de la vestimenta extravagante de su amigo, satisfecho de aquel caserón en el que seguramente se congelarían porque aún estaban en marzo. A pesar de todo, al llegar ante la destrozada verja a través de la cual se veía el caserón, más allá de las altas hierbas, en una de esas calles de París imposibles de encontrar, no fue capaz de juzgar objetivamente el deterioro de la parcela. Todo le pareció perfecto. Se volvió hacia Marc y le estrechó la mano. Trato hecho. Aunque solamente con sus ganancias de vendedor de cachivaches no sería suficiente. Marc, apoyado en la verja, asintió. Ambos se pusieron muy serios. Se produjo un largo silencio. Empezaron a buscar. Otro loco con el agua al cuello. Entonces Mathias sugirió un nombre. Lucien Devernois. Marc gritó:

—No hablas en serio, ¿verdad Mathias? ¿Devernois? ¿Recuerdas a qué se dedica ese tipo? ¿Qué es?

—Sí —suspiró Mathias—. Historiador de la Gran Guerra. La del 14 al 18.

—¡Exactamente! ¿Ves cómo estás desvariando? No tenemos mucha elección y no es momento de ponerse exquisitos, lo sé. Pero aún nos queda gente del pasado que puedan hacer posible nuestro futuro. Y tú, ¿qué propones? ¿La Gran Guerra? ¿Un experto en historia contemporánea? ¿Y qué más? ¿Te das cuenta de lo que dices?

—Sí —dijo Mathias—, pero el chico no es ningún gilipollas.

—Puede ser, pero de todas formas... Ni pensarlo. Todo tiene un límite, Mathias.

—Me cuesta tanto como a ti, aunque para mí, Edad Media o Historia Contemporánea, lo mismo da.

—De todas formas, ten cuidado con lo que dices.

—Sí, pero he creído entender que Devernois, aunque percibe un pequeño salario, está con el agua al cuello. Marc frunció el ceño.

—¿Con el agua al cuello? —preguntó.

—Exactamente. Dejó un instituto en Nord-Pas-de-Calais. Un puesto penoso de media jornada en la privada cristiana parisina. Hastío, desilusión, escritura y soledad.

—Entonces es verdad que está con el agua al cuello... ¿No podrías decírselo ahora mismo?

Marc se quedó inmóvil unos segundos. Reflexionaba a toda velocidad.

—¡Eso lo cambia todo! —exclamó—. Muévete, Mathias. Gran Guerra o no, cerremos los ojos, tengamos valor y firmeza, y tú haz lo posible por encontrarlo y por convencerlo. Os espero aquí a los dos a las siete con el propietario. El contrato tiene que estar firmado esta tarde. Date prisa, ponte en marcha y convéncelo. Con tres

con el agua al cuello, no hay razón para que no resulte un completo desastre.

Se hicieron un gesto de despedida y se separaron, Marc corriendo y Mathias andando.

Aquella fue su primera noche en el caserón de la Rue Chasle. El historiador de la Gran Guerra había aparecido, les había estrechado la mano a toda velocidad, había subido y bajado varias veces los cuatro pisos y luego había desaparecido.

Después de unos primeros instantes de alivio, ahora que el contrato de alquiler estaba firmado, Marc sintió que sus peores temores volvían. Aquel nervioso experto en historia contemporánea, que había aparecido con las mejillas muy pálidas, el mechón de pelo castaño cayéndole constantemente sobre los ojos, la corbata apretada, la chaqueta gris, los gastados zapatos ingleses de piel, le inspiraba sordas aprensiones. Aquel tipo, aparte de la catástrofe que constituía su opción por la Gran Guerra, era una mezcla incomprensible de rigidez y laxitud, de alboroto y gravedad, de ironía jovial y cinismo recalcitrante, y parecía oscilar de un extremo al otro con arrebatos de rabia y buen humor, breves y alternos. Alarman- te. Imposible saber qué rumbo iba a tomar el asunto. Vivir con un experto en historia contemporánea que llevaba corbata era una experiencia nueva. Marc miró a

Mathias, que estaba dando vueltas alrededor de una habitación vacía, con gesto preocupado.

—¿Lo convenciste fácilmente?

—En un santiamén. Se puso de pie, se apretó la corbata, me puso la mano en el hombro y dijo: «Somos camaradas, eso no se discute. Hecho». Un poco teatral. Por el camino me preguntó que quiénes íbamos a vivir juntos y qué hacíamos. Le hablé un poco de Prehistoria, de carteles, de la Edad Media, de novelas de amor y de motores. Puso mala cara, seguramente no le gusta la Edad Media. Pero se repuso, farfulló algo sobre que no importan las clases sociales entre camaradas o algo así, y eso fue todo.

—Y ahora, ha desaparecido.

—Ha dejado su bolsa. No es mala señal.

Luego el tipo de la Gran Guerra había vuelto a aparecer, llevando al hombro una caja de leña para el fuego. Marc nunca habría pensado que fuese tan fuerte. Al menos les sería útil.

Por eso, después de una frugal cena que tomaron sobre las rodillas, los tres investigadores se encontraron apretados unos contra otros alrededor de un gran fuego. La chimenea estaba cubierta de mugre y era imponente.

—El fuego —anunció sonriendo Lucien Devernois— es un punto de partida común. Modesto, pero común. O un punto y final, como se quiera. Aparte de estar con el agua al cuello, hoy es lo único que tenemos en común. No hay que descuidar jamás las afinidades.

Lucien hizo un gesto de orador. Marc y Mathias lo miraron sin intentar comprender, con las manos extendidas hacia las llamas.

—Es muy sencillo —continuó Lucien levantando el tono de voz—. Para el sólido prehistoriador de la casa, Mathias Delamarre, el fuego es muy importante... Pequeños grupos de hombres peludos juntos, tiritando de frío en las inmediaciones de la cueva, alrededor de la llama salvadora que aleja a las fieras salvajes, en resumen, como en aquella película sobre la búsqueda del fuego.

—*En busca del fuego* —interrumpió Mathias— es una sarta de...

—¡Qué importa! —prosiguió Lucien—. Deja a un lado tu erudición, que me importa un rábano en lo que se refiere a las cavernas, y concede su puesto de honor al fuego prehistórico. Sigamos adelante. Ahora paso a Marc Vandoosler, que hace enormes esfuerzos por contar la población medieval según los «fuegos»... Los medievalistas se rompen mucho la cabeza con eso. Se hacen un lío... Sigamos. Por fin, avanzando por la escala del tiempo llegamos a mí, a mí y al fuego de la Gran Guerra. «Guerra de Fuego» y «Fuego de Guerra». Impresionante, ¿no?

Lucien se echó a reír, aspiró una bocanada de aire por la nariz y alimentó el fuego empujando un gran leño con el pie. Marc y Mathias esbozaron una vaga sonrisa. Iban a tener que adaptarse a ese tipo insoportable pero necesario para aportar la tercera parte del alquiler.

—Así pues —concluyó Marc, dando vueltas a sus anillos—, cuando nuestras discusiones sean demasiado acaloradas y las diferencias cronológicas irreconciliables, no habrá sino que hacer un fuego en la chimenea. ¿Es eso?

—Puede ayudar —admitió Lucien.

—Un plan sabio —añadió Mathias.

Ya no hablaron más de los Tiempos y se calentaron. A decir verdad, lo que más le preocupaba esa noche y las que vendrían, era el tiempo que hacía fuera. Se había levantado el viento y una fuerte lluvia se colaba en la casa. Los tres hombres fueron evaluando poco a poco con la mirada la magnitud de las reparaciones que habría que realizar y el trabajo que les quedaba por delante. De momento, las habitaciones estaban vacías y las cajas habían servido de sillas. Mañana, cada uno traería su equipaje. Iban a tener que poner yeso en las paredes, arreglar la instalación eléctrica, las tuberías y la carpintería. Y Marc traería a su viejo padrino. Más tarde les explicaría el asunto. ¿Quién era ese tipo? Pues bien, su viejo padrino, nada más. Que también era su tío. ¿Y qué hacía su viejo tío-padrino? Ya nada, estaba jubilado. Jubilado ¿de qué? Pues jubilado de un trabajo, por supuesto. ¿Qué trabajo? Lucien se estaba poniendo muy pesado con sus preguntas. Un trabajo de funcionario, claro. Más tarde les explicaría todo.

El árbol había crecido un poco.

Desde hacía más de un mes, Sophia se apostaba todos los días en la ventana del segundo piso para observar a los nuevos vecinos. Le interesaban. ¿Qué había de malo? Tres tipos bastante jóvenes, sin mujeres, sin niños. Solamente tres hombres. Inmediatamente había reconocido al que se había llenado de herrumbre la frente contra la verja y que le había dicho que el árbol era un haya. Le había gustado volver a verlo allí. Había llevado a otros dos tipos con él, muy diferentes. Uno alto y rubio con sandalias, y otro muy nervioso con traje gris. Empezaba a conocerlos un poco. Sophia se preguntaba si espiarles así era decente. Decente o no, la distraía, la tranquilizaba y le hacía pensar en algo. Por eso lo seguía haciendo. Durante todo aquel mes de abril no habían parado. Habían transportado tablas, cubos, sacos de cachivaches sobre carritos de ruedas y cajas sobre unos chismes. ¿Cómo se llaman esos chismes de hierro con una rueda debajo? Desde luego, tienen un nombre. Sí, carretillas. Cajas que llevaban sobre carretillas. Bien. Así pues, estaban haciendo obras. Una vez que hubieron recorrido el jardín infinidad de veces y en todas las direcciones, Sophia, tras dejar la ventana

entreabierta, había podido aprender sus nombres. El delgado de negro, Marc. El rubio lento, Mathias. Y el de la corbata, Lucien. Incluso para hacer agujeros en las paredes llevaba puesta la corbata. Sophia se llevó la mano al fular. Después de todo, cada cual tenía sus manías.

Por la ventana lateral de un vestidor del segundo piso, Sophia también podía ver lo que pasaba en el interior del caserón. Las ventanas reparadas no tenían cortinas y ella pensaba que nunca las tendrían. Cada uno parecía haberse asignado un piso. El problema era que el rubio trabajaba en su piso medio desnudo e incluso a veces totalmente desnudo. Sintióse, por lo que ella podía adivinar, perfectamente cómodo. Qué desvergonzado. Aunque el rubio era guapo y daba gusto verlo. Sin embargo, no por eso se sentía Sophia con derecho a instalarse en el pequeño vestidor. Aparte de las obras, de las que a veces parecían estar hasta la coronilla, pero que realizaban con obstinación, allí dentro se leía y escribía mucho. Las estanterías se habían llenado de libros. Sophia, nacida entre las piedras de Delfos y de donde había salido solamente por su voz, admiraba a cualquiera que se dedicara a leer en una mesa bajo una lucecita.

Y además, la semana anterior había llegado otro. Hombre también, pero mucho más viejo. Sophia había pensado que se trataba de una visita. Pero no, el hombre más viejo se había instalado allí. ¿Por mucho tiempo? En cualquier caso ahí estaba, en el desván. De todas formas, era curioso. Tenía, o eso le parecía, un aspecto interesante. De lejos era el más guapo de los cuatro. Aunque fuera el más viejo. Sesenta o setenta años. Parecía que de aquella boca fuera a salir una voz ronca, pero tenía, al contrario,

un timbre tan suave y bajo que Sophia aún no había podido captar una sola palabra de lo que decía. Derecho, alto, como un capitán sin navío, no pegaba ni golpe en las obras. Sólo supervisaba y opinaba. Era imposible saber su nombre. Sophia, mientras, le llamaba Alejandro Magno, o bien el viejo cabrón, dependiendo de su humor.

Al que más se le oía era al tipo de la corbata, Lucien. Sus gritos llegaban lejos, y parecía divertirse haciendo comentarios en voz alta y dando toda clase de consignas que apenas eran seguidas por los demás. Había intentado hablar de ellos a Pierre, pero éste había mostrado el mismo interés por los vecinos que por el árbol. Que los vecinos no hicieran ruido en el caserón desvencijado, era todo lo que tenía que decir. Era cierto que a Pierre le absorbía por completo su trabajo en el departamento de Asuntos Sociales. Era cierto que todos los días pasaban por sus manos montones de informes terribles sobre madres solteras que vivían debajo de un puente, gente desahuciada de su vivienda, niños de doce años sin familia, viejos agonizando en una buhardilla, que él reunía para el secretario de Estado. Y Pierre era de esos tipos que se toman en serio su trabajo. Aunque Sophia detestara la forma en que él hablaba a veces de «sus» desheredados, a los que había catalogado en tipos y subtipos del mismo modo que había catalogado a los admiradores. ¿Cómo la habría catalogado Pierre a ella cuando a los doce años vendía pañuelos bordados a los turistas de Delfos? ¿De desheredada también? En fin, era cierto. Se podía entender que, con todo eso a las espaldas, le importara un bledo un árbol o cuatro vecinos nuevos. Pero, a pesar de todo, ¿por qué no hablar jamás de ello? Sólo un minuto.